Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

XVII Semana del Tiempo Ordinario

Jueves

Salmo 83

Qué agradable, Señor, es tu morada. El hombre es consciente de la infinitud e inmensidad de Dios, no circunscrito a los límites del espacio y del tiempo, pues "siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos del hombre" (Hch 17, 24). Pero el Dios de la Alianza, "Aquel que es" (cf. Ex 3, 14), ha querido venir a habitar en medio de su pueblo.

En la persona de Jesucristo, Dios mismo sale al encuentro del hombre. Dios se hace accesible a los sentidos, tangible: "Hemos visto", "hemos oído" y "hemos tocado al Verbo de la Vida", "porque la Vida se ha manifestado, y nosotros la hemos visto", escribe el apóstol san Juan (cf 1Jn 1, 1-2). En efecto, en Jesucristo "habita corporalmente la plenitud de la divinidad" (Col 2, 9), hasta el punto de que su cuerpo es el templo verdadero, nuevo y definitivo, como hemos oído en la lectura del Evangelio (cf Jn 2, 21). El Verbo de Dios se hizo carne, y puso su morada entre nosotros (Ibíd., 1, 14). Por ello, con el corazón henchido de gozo, proclamamos con el Salmista: "¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos!" (Sal 83 [82], 2).

San Juan, cuando habla de una de sus visiones, en la de la tierra nueva, dice: "Esta es la morada de Dios con los hombres" (Ap 21, 3). Esa morada definitiva con Dios se hará realidad en la otra vida, pero ya desde ahora la tierra debe comenzar a ser la morada de Dios; de lo contrario, será únicamente la tierra del odio y de la muerte.

El hombre no puede caminar bien sin Dios, debe caminar juntamente con Dios en la historia, y el templo, la morada de Dios, tiene la misión de indicar de modo visible esta comunión, este dejarse guiar por Dios hacia la morada eterna.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)